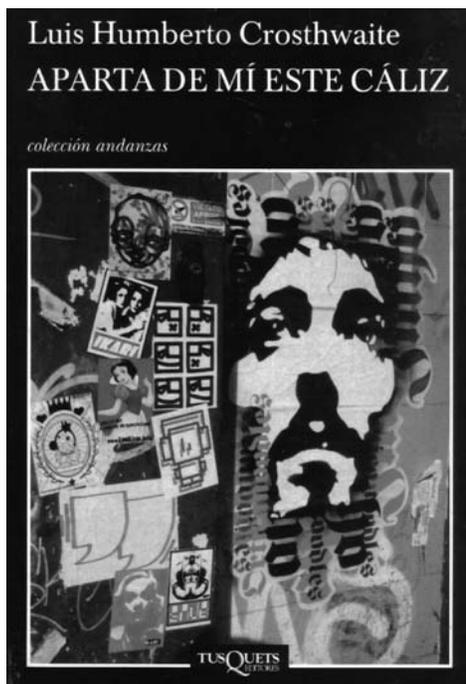


Un Jesucristo para Tijuana

Claudia Guillén



La geografía dividió imperios en fragmentos que más adelante devinieron naciones, y éstas fueron construyendo su propia individualidad aderezada con diversas circunstancias: perfil territorial, religión, costumbres, tradiciones, o la mezcla de varias de ellas en constante evolución. Más allá de que la cultura de los habitantes en ciertos territorios se haya configurado en el mestizaje que es consecuencia de toda colonización, la idiosincrasia, cuyos ingredientes son las múltiples adaptaciones de lo propio con lo llegado de fuera durante el paso de los siglos, les otorga una identidad única que, a su vez, sumándose a la de los vecinos, suele construir el rostro de cada país. En México, por ejemplo, las regiones no sólo se diferencian por acotaciones territoriales; también por la gastronomía, el clima y demás características. Si bien existen comunidades con una fuerte carga de tradición y diversidad lin-

güística, hay otras marcadas por su situación geopolítica fronteriza, como es el caso de la Baja California y, en particular, el de la ciudad de Tijuana.

El mitológico “Rancho de la Tía Juana”, que hace poco más de un siglo era tan sólo un sitio de paso para quienes viajaban a las grandes ciudades de la Alta California, sufrió durante el siglo XX una de las transformaciones más sorprendentes, hasta convertirse en el gran laboratorio donde se ha gestado un sinnúmero de procesos sociales que van desde la zona libre de diversión más conocida en nuestro país y los Estados Unidos, pasando por la inmigración tumultuosa, hasta el de ser sede de uno de las principales organizaciones delictivas de las últimas décadas, dando origen a esa “leyenda negra” analizada por Humberto Félix Berumen en su libro *Tijuana la horrible*. Si bien su cercanía con el país del norte ha hecho que se le etiquete como “ciudad de paso” para diversión de los gringos —quienes acuden a ella para dejar salir “sus bajas pasiones”—, o como “puerta de escape” para los paisanos que quieren vivir *the american dream*, también es cierto que en las últimas décadas del siglo pasado se fue conformando como un polo cultural, artístico y literario refrescante, donde tanto la novedad como la diversidad de puntos de vista fueron los elementos principales, con lo que ejerció su derecho a encontrar —o construir— una identidad propia, para enseñada mostrársela al mundo.

Es Tijuana el espacio que Luis Humberto Crosthwaite (1962) ha elegido como escenario de la mayoría de sus libros. Por ella deambulan los personajes de *Estrella de la Calle Sexta* y *El gran pretender*, ahí llegan los que precisan de ciertas *Instrucciones para cruzar la frontera* y en sus calles es

fácil localizar a quienes están *Idos de la mente*. A través de los pobladores de sus barrios emblemáticos y colonias populares, el autor ha llevado a cabo sus juegos narrativos siempre cargados de ironía, melodías populares, pasiones fronterizas y una crítica soterrada a la sociedad que lo vio nacer. Luis Humberto es, pues, un fiel retratista de las situaciones que incumben a su cultura, que no es propiamente la mexicana, ni siquiera la bajacaliforniana, sino la tijuanaense. Ha observado, padecido y gozado la ciudad; la ha narrado una y otra vez sin agotarla, y la ha convertido en materia de experimentación literaria, como lo muestra en su novela más reciente, *Aparta de mí este cáliz*, publicada bajo el sello de Tusquets Editores.

Después de seis años de un aparente silencio literario, Crosthwaite aparece con un nuevo relato donde, si bien no nombra de modo directo su ciudad natal, es fácil reconocerla a través de los trazos rápidos y precisos que Chuy, el narrador y protagonista de la historia, enuncia a lo largo de las escenas. *Aparta de mí este cáliz* es un ejercicio literario con una fuerte carga irónica que va de la mano con la provocación y crítica, donde nos muestra una urbe que requiere un Mesías, quizá para llenar el vacío con que el hombre contemporáneo debe lidiar a diario. El tino del autor es innegable: si apareciera un Mesías hoy, creo que Tijuana sería uno de los posibles espacios para darse a conocer.

Para otorgar credibilidad a su protagonista, a este nuevo Salvador, Crosthwaite acude al mundo de lo onírico: un día Chuy sueña que es Jesucristo. Esta credibilidad resulta sustancial para la novela, porque Chuy es un tipo ordinario que no cuenta con ningún atributo mesiánico: sale de la

cárcel después de haber sido el líder de su banda en una colonia pobre y azotada por el abuso de quienes ostentan el poder. Sueña que es Jesucristo, sí, pero su conducta más bien nos remite al perfil de un individuo cargado de pecados, faltas e infracciones a la ley de los que no llega a arrepentirse. Hombre común y corriente, se halla más cerca de las debilidades de mente y carne que de la espiritualidad y la paz interior características del Rey de Reyes.

Presentes a lo largo de los fragmentos que integran el relato, los símbolos bíblicos sin embargo están trastocados por una visión moderna, sobre todo realista, de la sociedad. Es decir, el nuevo Mesías nos habla del Imperio Romano que, como sabemos fue el brazo ejecutor de Cristo, se refiere por supuesto a los gobernantes corruptos de la Tijuana actual, desinteresados de la problemática de la población más marginada y pauperizada de la ciudad. Los profetas, por su parte, pueden ser portadores de la palabra de quienes aspiran a una posición más alta en la pirámide social, o bien representantes de quienes compiten con Chuy para convertirse en la encarnación de Jesucristo en esta era contemporánea. Rabí, Chuy o Jesucristo, tienen sus propios apóstoles, aunque no están muy de acuerdo con su desempeño actual. En el pasado era otra cosa, lo seguían, era su líder indiscutible; pero ahora lo cuestionan porque se ha transformado en un Jesucristo que no cree en la crucifixión, e incluso duda de su posibilidad de reencarnar al tercer día.

En otros barrios hay diferentes mesías, también populares, que al igual que nuestro protagonista atienden a la gente que acude a ellos como quien va al templo a solicitar consejo de un sacerdote. Sin embargo, no lo hacen en iglesias, sino en changa-

ros destartados que abren sus puertas según el humor de quien los regentea; en ellos se sanan las apuraciones del cuerpo y también las del espíritu, como le ocurre a un personaje que, por medio de la voz del narrador, se refiere a la ausencia del ámbito literario durante seis años de un autor que en el pasado ganó prestigio no sólo por la calidad de su obra sino además por su constancia al publicar. De esta forma el autor de *El gran pretender* se asoma ante los lectores en este mundo de realidades no siempre gratas. Un guiño de Luis Humberto para dejarnos en claro que, en su observación irónica del mundo, ni él queda excluido.

Narrada en primera persona, en fragmentos breves de prosa fluida donde se intercalan algunos diálogos, como casi todas las novelas del autor, *Aparta de mí este cáliz* no presenta una historia lineal, ni mucho menos tradicional. En su trama observamos cómo el mundo contemporáneo posee características muy similares a las del antiguo, en una eficaz imbricación que nos demuestra claramente como la esencia del hombre y de las sociedades que construye permanece idéntica desde los orígenes. Las necesidades del ser humano son las mismas de hace dos milenios, igual que sus reacciones ante el poder, ante los conflictos que lo apabullan. El protagonista es un personaje por demás complejo, lleno de esas dudas que reflejan el mundo interior de quienes habitamos ciudades amenazantes, como hay tantas en nuestro país.

Crosthwaite recrea su propia tradición, utilizando recursos atípicos o poco convencionales. No duda en dejar el relato abierto, quizá porque, con lo ya narrado, resolver el conflicto o tratar de dirigir al lector hacia alguna conclusión estaría de más. En este mismo tenor, en determinados fragmentos

aparece una mujer de la que nunca sabemos sino lo que el narrador nos informa, que no es mucho: se trata de una suerte de virgen sin nombre, a la que Chuy habla continuamente en un discurso cargado de imágenes cuyo eje es el deseo de besarla y profesarle su amor. Parecería incluso que esta mujer es su mayor impulso para competir por el puesto de Mesías.

A pesar de su brevedad, son muchas las situaciones que convergen en *Aparta de mí este cáliz*, lo que vuelve a la novela densa, compleja, rica en posibles interpretaciones, fácil de leer pero al mismo tiempo doblemente difícil de describir de una manera rápida. Tras seis años de espera por una nueva obra suya, el autor nos demuestra con ella que, aun sin publicar, nunca se alejó del oficio literario, que en ese tiempo se trazó un reto del que ahora sale airoso, que su probado oficio le sirvió para desentrañar un universo —el suyo— cargado de situaciones difíciles. El humor, como un elemento que ayuda a comprender y digerir tales situaciones, y los sueños como recurso para enfrentarlas, nos hablan de un narrador lúdico, acostumbrado a sonreír ante sus personajes e historias, ante sí mismo. Su firme retorno hace que la temporalidad de su ausencia pierda peso, pues con *Aparta de mí este cáliz* resulta evidente que Luis Humberto Crosthwaite conserva la imaginación, la fuerza estilística y la lucidez de siempre. No sabemos qué historia nos depara su próximo libro, pero por lo pronto a sus personajes se ha integrado un Jesucristo que deambula por las calles de Tijuana, y eso no es un logro menor. **U**

Luis Humberto Crosthwaite, *Aparta de mí este cáliz*, México, Tusquets Editores, 2009, 138 pp.

Después de seis años de un aparente silencio literario, Crosthwaite aparece con un nuevo relato donde, si bien no nombra su ciudad natal, es fácil reconocerla.